

LA PROFESION MEDICA

Por LUIS D. ESPEJO

Por su naturaleza y finalidad, la Medicina exige, a sus servidores, acendrada vocación y desinterés absoluto. Es una de las vocaciones de amor, que, junto con la del sacerdocio, requiere no sólo aptitudes comunes con otras profesiones, sino, también, espíritu de abnegación y de sacrificio. Por eso, antes de abrazarla, es indispensable sentir hondamente el imperativo vital de la vocación; ese "tener que ser", situado en la región más profunda y primaria de nuestro ser, del cual, nos habla Ortega y Gasset.

A este sentimiento íntimo de la vocación, "voz misteriosa que viniendo de lo hondo del alma, le anuncia, cuando no se confunde y desvanece entre el clamor de las voces exteriores, el sitio y la tarea que le están señaladas en el orden del mundo", está ligado el proyecto de existencia que constituye nuestro más auténtico destino.

Y el problema tremendo, lleno de arcanidad, consiste en poder realizar ese proyecto vital, a cuyo servicio deben concurrir la intuición, la inteligencia y la voluntad. Llegar a descubrir la fuente de la vocación, y extraer de ella toda su fuerza propulsora, es poner en inmediato dinamismo las aptitudes, actualizarlas, por decirlo así, para ser lo que secretamente somos. El descubrimiento de la vocación es, pues, cuestión trascendente. "La mayor tragedia humana, dice Ortega y Gasset, es que el hombre se suplante así mismo, es decir, falsifique su vida", traicione su destino.

Para descubrir la vocación, para intuírla, hay que recurrir a todos los medios. En veces, está adormecida; otras, oculta en el fárrago de los recuerdos infantiles; en muchos casos, se la presiente entre los vapores del ensueño. Algunos creen que el sentido del placer es un buen guía: "El hombre no reconoce su yo, su vocación singularísima sino por el gusto o el disgusto que en cada situación

siente. La infelicidad la va avisando, como la aguja de un aparato registrador, cuándo su vida efectiva realiza su programa vital, su entelequia, y cuándo se desvía de ella". Pero, sobre lo meramente sensorial, señorea un sentimiento más profundo y complejo, que resiste todo análisis, toda exégesis: "la vocación verdadera, dice Marañón, se denuncia pronto por los signos inequívocos del amor".

Y este amor trasunta la fuerza misteriosa del destino, nuestra fuerte razón de ser. El hombre trae a la tierra una misión que debe cumplir, y debe esforzarse continuamente para vencer las circunstancias adversas del ambiente social. Para esto es necesario no sólo seguir la genuina vocación sino robustecer la voluntad con el estímulo constante de un ideal noble y generoso.

Aparte las circunstancias ambientales, para descubrir y concitar la vocación es necesaria, como aconseja Rodó, "la apelación al recuerdo de las primeras vistas del mundo, de las precoces tendencias a ciertos modos de pensamiento y de acción, de las primeras figuraciones del propio porvenir..." En esta obra tan fecunda y útil, el establecimiento de centros culturales, como el vuestro, las conferencias sobre orientación profesional y psicoterapia, la lectura asidua y selecta, contribuyen, poderosamente, a despertar y desarrollar la vocación.

Si la vocación, en veces, aparece tempranamente, con relativa frecuencia su aparición es tardía. Marañón dice al respecto: "Yo nunca me canso de insistir en lo tardía que es, en muchos hombres, el pleno auge de su personalidad viril; y con ella está firmemente ligada la actividad social que, en distintos trabajos, me he esforzado en considerar como un verdadero carácter sexual. Por lo tanto, la vocación hemos de considerarla como una faceta de esta madurez, sujeta al posible retardo de su cronología". Como vemos, en la vocación hay que considerar, también el aspecto somático, la condición neuro-endócrina-humoral, pero estas consideraciones nos llevarían muy lejos en el estudio de la vocación. Sólo quiero hacer hincapié en la importancia del estudio de la biotopología humana en la orientación profesional, pues permite reconocer aptitudes, que el médico o el pedagogo puede utilizar para orientar debidamente la vocación.

Hay casos en que, a pesar de los medios empleados para descubrir y fomentar la vocación, ésta no aflora, por decirlo así, al cam-

po de la clara conciencia. Es en estos casos que hay que crear la vocación por el trabajo, por el esfuerzo aplicado a una disciplina científica o cualquier otra. Marañón, que ha estudiado tan acertadamente la vocación, en un libro: "Vocación y Etica", que todos los estudiantes debieran leer, nos dice cómo con "buena voluntad", puede el hombre "rehacer su vida sobre bases lógicas, cualquiera que sea el error de sus instintos o de sus determinaciones iniciales". Así, la vocación puede ser un producto de creación; una especie de superestructura, capaz de satisfacer las exigencias del vivir.

Un aspecto muy interesante del problema vocacional, que no debemos dejar de mencionar, porque explica esa diversidad de tendencias, aparentemente divergentes y hasta antagónicas, pero que bien consideradas, al contrario, contribuyen a integrar el conocimiento específico, es la llamada doble vocación: la vocación primordial y su "doble". Permitidme que os cite, reiteradamente, al eminente médico y polígrafo, doctor Gregorio Marañón, que ha estudiado este aspecto tan interesante de la vocación en un trabajo consagrado a Novoa Santos, otro notable médico enciclopedista. Dice así: "Aún en el caso en que hayamos acertado con nuestra verdadera vocación, una tendencia oculta —y a veces más de una— nos empuja a servir en silencio a preocupaciones que no son las que nos sirven para ganarnos el pan y para catalogarnos en los padrones profesionales". Más adelante, añade: "La profesión más sinceramente sentida y amada, más encajada con nuestras aptitudes, acaba por automatizarse, por perder su roce con el ambiente, convirtiéndose en un mecanismo fácil y amanerado". Y la explicación de esta doble tendencia vocacional es sencilla: "Las formas iniciales de la vida son puro ritmo. El progreso de la actividad humana se caracteriza por la ruptura de ese ritmo, es decir, por el desorden; y hasta en la esfera más noble, en la de la creación, de la verdad o de la belleza, el hombre tiende, sin darse cuenta, a escapar de la dirección única, de la actividad isocrónica y a lanzar el pensamiento en direcciones diversas e imprevistas". El hombre, por otra parte, tiene el instinto de la inmortalidad que lo inclina hacia la creación artística; pues la obra de arte perdura, en la memoria de la humanidad, más que la obra científica que, despersonalizándose, va a formar parte del pensamiento colectivo de la especie. Además, el arte interviene en casi todas las manifestaciones del pensamiento

o la acción. Con razón ha dicho Keyserling que el arte es la expresión más alta, la más viviente de la vida. Así, la Medicina tiene un factor artístico dentro de su arquitectura científica. En la intuición, en la aptitud personal, en la técnica, en el gesto, se encuentra su contenido artístico.

La vocación médica requiere condiciones intelectuales y éticas. Entre las aptitudes fundamentales mencionaré las siguientes: aptitud de definición de conceptos conocidos, deducción, resolución de situaciones críticas, ordenación de conceptos dados o de impresiones concretas, según un determinado punto de vista; comprensión oral o visual de materias o temas propuestos; y, sobre todo, aptitud para la distinción de lo esencial en un conjunto complicado. Tales aptitudes son comunes con las que se exigen para otras profesiones. Una de las aptitudes más importantes es la imaginación. René Dumesnil, dice: "La imaginación es indispensable al ejercicio del arte médico: todos los testimonios están de acuerdo. La observación suministra los datos esenciales, pero no son útiles al enfermo sino cuando el médico establece su diagnóstico por una operación del espíritu análoga a la creación artística".

Otra condición indispensable es cierta disposición artística, principalmente en la cirugía, en el arte quirúrgico. Quien pretenda ser cirujano —y hoy la mayoría de los que ingresan a la Facultad de Medicina quieren serlo, deslumbrados muchos por la *mise en scène* del acto operatorio y cierta vanidad juvenil— debe poseer condiciones artísticas. Recuerdo haber leído algunas bellas observaciones de Desfosses, con motivo del arte quirúrgico de Victor Pauchet, uno de los más altos representantes de la cirugía francesa. Desfosses afirma que "la cirugía moderna es uno de los más bellos frutos de nuestra civilización greco-latina". Una bella operación es una obra clásica: el cirujano ordena sus actos con medida, dispone los movimientos de sus manos y los de sus ayudantes según las reglas que la experiencia de sus predecesores han demostrado más eficaces y más seguras, pero conformándolas, también, a las realidades cambiantes de la vida. "En el arte quirúrgico, como en el literario, se siguen las reglas de buen gusto, de clara razón, de justa medida, de armoniosas proporciones, que caracterizan el arte greco-latino. De aquí la importancia de la cultura clásica en la enseñanza médica, como ha preconizado Marfan.

La ética está en el médico, estrechamente vinculada a la vocación y a su preparación científica. El entusiasmo por la profesión es el mejor estímulo para el cumplimiento de sus deberes. El P. Laburu ha dicho muy acertadamente: "Sin ciencia un médico es mal médico en orden científico y pésimo médico en orden moral". Además, debe reunir varias otras condiciones: prudencia, espíritu de progreso y de renovación científica y un elevado concepto de dignidad y honradez.

La moral en el médico es tanto más importante cuanto que trata los más graves intereses del hombre: la salud y la vida. El P. Laburu, que ha señalado los "Deberes Profesionales" del médico, con tanta inteligencia como elevación ética, dice que el médico maneja, entre otros tantos intereses, los intereses de ultratumba. Esto quiere decir, que el médico tiene el deber de respetar las ideas religiosas del enfermo; y sostener sus fuerzas, para que pueda cumplir con sus deberes religiosos oportunamente.

La complejidad de los fenómenos, que son del resorte de la medicina, obliga al médico a proceder con independencia, pero, al mismo tiempo, con gran conciencia de su deber. "El médico no tiene más testigos ni más juez que su conciencia sobre los hechos ocurridos entre él y su paciente, y, por eso, en cumplimiento de sus deberes, debe estar mejor garantizado por la moral médica" (P. Laburu).

Puede decirse que, a través de todas las épocas y doctrinas médicas, el "Juramento" de Hipócrates ha sido siempre el código de moral médica. En él se recomienda la honestidad, la modestia, la prudencia, al mismo tiempo que la observación del enfermo, el examen detallado y el trato cariñoso y afable. Aconseja al médico que resista, con valor moral, la hostilidad, los prejuicios, la malevolencia y la difamación. En el "Juramento" se leen estas palabras que deben estar grabadas en el espíritu del médico: "Yo no entraré en las casas sino para el bien de los enfermos, cuidando a las mujeres, que yo no mancharé con ningún acto lascivo; yo guardaré silencio absoluto sobre todo lo que haya visto y escuchado y el secreto de las familias será mi secreto". Tal en síntesis, el código hipocrático.

Si toda la sabiduría de la medicina antigua se encuentra contenida en las obras de Hipócrates, inclusive la moral médica, la medicina, informada en la doctrina cristiana presta gran utilidad al

médico no sólo desde el punto de vista doctrinario sino, también, práctico. No se puede negar la importancia del factor ético-religioso en las enfermedades. Henri Bon dice al respecto: "Es un hecho, casi un lugar común, constatar que la mayor parte de las enfermedades provienen de infracciones a la ley moral". Y, más adelante, añade: "La medicina está de acuerdo con los moralistas y los filósofos. Sthol, en su "Patología general", ve en las pasiones y vicios la causa principal de todas las enfermedades". El conocimiento de la religión, de sus mandamientos y observancias es, pues, de gran importancia para el médico, quien puede ejercer saludable influencia sobre el espíritu y la conducta del enfermo, contribuyendo, por estos medios, a su curación y previniéndole otros males.

Los valores ético-religiosos son, pues, de valor fundamental: sin ellos es imposible formar el alma del médico, quien debe poseer una estructura moral, capaz de resistir todas las tentaciones, que, con tanta frecuencia, se presentan a lo largo de su carrera. Por consiguiente, no es suficiente una sólida preparación profesional. Dumesnil ha dicho: "el deber del médico es ser tanto como pueda sabio; pero es, ante todo, guardar el juicio claro, la conciencia pura y el corazón accesible a la piedad".

Vida de esfuerzo constante: aprendizaje, primero; incremento y renovación de la cultura científica y general, después; fortaleza espiritual y de los sentidos; duda metódica, cartesiana, opuesta al snobismo científica; espíritu de resignación y de sacrificio, el médico vive su tragedia, muchas veces entre la incomprensión y la ingratitude. Pero, no importa. Gran vida esta que no traiciona, en ningún punto, el corazón y la conciencia; gran vida que acepta, plenamente consciente, su destino, porque sabe, como dice Berdiaeff, que "sólo estableciendo un parentesco estrecho entre la tragedia divina y la tragedia humana, sólo así es posible alcanzar la razón del origen del hombre y de su destino; es decir, el significado de la profunda reciprocidad entre Dios y el hombre y entre Dios y el Universo".

Luis D. ESPEJO.